



EL ECO DE CARTAGENA

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 12654

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—0,10 mes. 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses 11,25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

Administración y Redacción, Mayor 24

SABADO 12 DE SEPTIEMBRE DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Corchón y en Madrid, J. J. Jones, Fanbourg-Montmartre, 81.

Reparos y protestas

La candidatura de Romero Robledo para la presidencia de la Cámara ha producido en las filas del partido gobernante la semilla de la disidencia.

Esta vez, donde quiera que se dirija el lugarteniente de Cánovas, consorcio de López Domínguez, aspirante a la unión con Sagasta, galateador de republicanos y enemigo tenaz y confesado del señor Silveira, se inicia mar de fondo.

A la hora presente llegan las olas a las cubas. Si se dirige la vista a los tiempos pasados, se comprenden el disgusto que siente la grey silveirista al pensar que tiene ser presidida por quien los obligó a la disidencia.

Lo ocurrido en los últimos meses de la pasada legislatura, parece que fue ayer. Un día, teniendo ya enfrente al hombre de la daga boratiana, provocó al jefe indiscutible del partido una votación del Parlamento.

Y aunque la ganó por pocos votos, no quiso, víctima de la misericordia del Sr. Silveira, que se le permitiera el Sr. Silveira, presidente de la Comisión a la Regentía, estando legitimado por Sagasta.

La amistad estaba rota; el partido liberal conservador estaba dividido y desde entonces quedó de un lado don Antonio Canovas, con Romero Robledo y de la otra, y del otro, Silveira con don Antonio Villaverde y el periódico El Tiempo.

¡Qué campañas las del tal periódico! ¡Qué amarguras las de aquella falange, fundada desde entonces como odiada enemiga! Los liberales la desconocieron como institución que era; los conservadores or-

lodoxos, y especialmente el señor Romero, la combatieron con verdadera saña, cuando volvieron al poder.

Sin embargo esperaron; sufrieron con paciencia la persecución, en los distritos y al presentarse de nuevo en el Congreso se vieron reducidos a una insignificante minoría.

Cuando el criminal revolver de Angibillo torció de la escena política la figura de Cánovas y a vuelta de unos cuantos ensayos apareció la Unión Conservadora y al frente de la misma el jefe de la pasada disidencia, declaróle guerra sin cuartel el diputado de Antequera.

Fue entonces cuando por el al nuevo jefe del partido galanteo a Sagasta, solicitó el apoyo de los republicanos para formar el partido más democrático de la monarquía; se puso al habla con López Domínguez, y en las Cortes, en los mítines, en las conferencias con los periodistas, aprovechó todas las ocasiones para combatir a los que un día fueron sus amigos.

Con tales bravatas, que los liberales de ser las conservadoras, los que se, todo el mundo se agitan los antiguos disidentes, los vencidos y perseguidos de ayer, los que para mantener su actitud y no anularse se refugiaron en El Tiempo. Al escuchar que el señor Romero presidiría la Cámara, experimentaron sensación de asombro. ¿Cómo podía ser eso? Imposible, tal candidatura era una burla.

Pero ha pasado el tiempo y persiste el rumor. Se interroga a Villaverde y calla. Se dirige la vista a Silveira, interrogándole, y permanece mudo.

—¿Quién calla obliga? Han pensado los antiguos disidentes, y como que quien hace un caso, hace ciento, se apresuraron a ser disidentes de nuevo, pero a autos quieren recordar a sus jefes los motivos de su separación de Cánovas y las amarguras a que los sometió el hoy candidato a la presidencia del Congreso.

—Tal vez,—porque en política no hay nada lógico—el disgusto que hoy irabaja a la grey silveirista desaparezca por cualquier motivo; una reflexión, una orden, un consejo, pueden convelir en tranquilo lago lo que en este momento parece mar alborotado; pero suceda lo que suceda, si buen razón los liberales para poner reparos y levantar protestas.

Los que no se ríen son los cristianos.

TIJERETAZOS

Continúa la prensa relatando historias de Auzenta y repudiando a las potencias, que aunque las de la actualidad, al respecto de ciertos asuntos, repudian a los que se han comprometido en las negociaciones de la paz.

La Auzenta, en los últimos meses de la pasada legislatura, se puso al habla con López Domínguez, y en las Cortes, en los mítines, en las conferencias con los periodistas, aprovechó todas las ocasiones para combatir a los que un día fueron sus amigos.

Con tales bravatas, que los liberales de ser las conservadoras, los que se, todo el mundo se agitan los antiguos disidentes, los vencidos y perseguidos de ayer, los que para mantener su actitud y no anularse se refugiaron en El Tiempo.

Al escuchar que el señor Romero presidiría la Cámara, experimentaron sensación de asombro. ¿Cómo podía ser eso? Imposible, tal candidatura era una burla.

Pero ha pasado el tiempo y persiste el rumor. Se interroga a Villaverde y calla. Se dirige la vista a Silveira, interrogándole, y permanece mudo.

—¿Quién calla obliga? Han pensado los antiguos disidentes, y como que quien hace un caso, hace ciento, se apresuraron a ser disidentes de nuevo, pero a autos quieren recordar a sus jefes los motivos de su separación de Cánovas y las amarguras a que los sometió el hoy candidato a la presidencia del Congreso.

—Tal vez,—porque en política no hay nada lógico—el disgusto que hoy irabaja a la grey silveirista desaparezca por cualquier motivo; una reflexión, una orden, un consejo, pueden convelir en tranquilo lago lo que en este momento parece mar alborotado; pero suceda lo que suceda, si buen razón los liberales para poner reparos y levantar protestas.

Los que no se ríen son los cristianos.

En las se. Indignas de ver a las potencias canchales de brazos y a los tirados con las cascabelas, en las nos lates y en las totes el pañal.

Los ensayos para la reprise del drama trágico de Serbia, en el que supuestamente es lo y era de aquel territorio, para que crea que en breve se dará la segunda representación.

Aquello está que arde, y el momento de la representación no puede aplazarse, ésta indefinidamente.

El ministro de Obras públicas saldrá mañana para Gijón, y después a Auzenta, para el pago de Quijor.

Y luego dirá, con un aire de satisfacción, que se hizo cargo del Sr. A. parte alguna.

Que lo diga Gaset.

El mes de Septiembre, que es el mes de las revoluciones, que en él se han dado ya algunas, y que en él se darán otras, y que en él se darán otras.

Los que no se ríen son los cristianos.

Para la revolución silveirista, que es la revolución silveirista, que es la revolución silveirista, que es la revolución silveirista.

Ello es que no hay modo de escapar a estas tempestades azoradas. Lo actual se resiente, los campos embriados, los jardines secan, los comentarios, los ojos se secan.

Ello es que no hay modo de escapar a estas tempestades azoradas. Lo actual se resiente, los campos embriados, los jardines secan, los comentarios, los ojos se secan.

Ello es que no hay modo de escapar a estas tempestades azoradas. Lo actual se resiente, los campos embriados, los jardines secan, los comentarios, los ojos se secan.

Ello es que no hay modo de escapar a estas tempestades azoradas. Lo actual se resiente, los campos embriados, los jardines secan, los comentarios, los ojos se secan.

Ello es que no hay modo de escapar a estas tempestades azoradas. Lo actual se resiente, los campos embriados, los jardines secan, los comentarios, los ojos se secan.

Ello es que no hay modo de escapar a estas tempestades azoradas. Lo actual se resiente, los campos embriados, los jardines secan, los comentarios, los ojos se secan.

Ello es que no hay modo de escapar a estas tempestades azoradas. Lo actual se resiente, los campos embriados, los jardines secan, los comentarios, los ojos se secan.

Ello es que no hay modo de escapar a estas tempestades azoradas. Lo actual se resiente, los campos embriados, los jardines secan, los comentarios, los ojos se secan.

Probad el Cognac de HENRI GARNIER y C.

—Basta,—repuso Minart,—guardate tus sermones, ó tendrás algo que sentir en el forro de la camisa,—y agitó el pie que tiraba de la mano, movimiento que arrastró a su mujer una mitad de metro y de jabón.

Este viaje de mi tío Minart me dejó profundos recuerdos, inaugurando, por decirlo así una nueva era en mi vida. Desde aquel momento hice pisar a la piedad que no comprendía más que en teoría; hasta entonces había tenido muchas, desde entonces tuve pocas. Figel, que parecía tener un interés en perderme, me asoció a todos sus desórdenes, interrumpiendo en forma inofensiva.

mas duro é insoportable con la joven a fin de dejarme el papel de ángel consolador. Nuestra comedia marchaba a las mil maravillas, y Rosalía, ignorante y sin desconfianza, recibía mis atenciones con placer, tratándose con una familiaridad que confirmaba las sospechas de Figel: esto que lo sabis todo además por mí, me aconsejó un desenlace y hasta el mismo proporcionó la ocasión.